

Homenaje olvidado

Terminaron ya los actos con que las autoridades de la Universidad de Chile han celebrado el primer centenario de su fundación. De todo hubo: congresos científicos, comidas, exposiciones, conciertos, representaciones teatrales, partidas de fútbol y concursos literarios. Creo que habría sido imposible pedir más.

Sin embargo, algo fué olvidado: el homenaje que se debió rendir a la Universidad y a sus autoridades por la inagotable generosidad y la inagotable paciencia de que dan pruebas a cada rato. Porque sería imposible hallar, entre todas las universidades del mundo, una que, como la de Chile, esté dispuesta siempre a ser condescendiente con todo el que la requiere: con el que desea dar una conferencia, con el que quiere publicar un libro o una revista, con el que quiere realizar un viaje, con el que desea volver de un viaje, con el que desea traer un conferenciante, con el que quiere que un conferenciante se vaya, con el artista enfermo, con el que está sano, etcétera, etcétera. La letanía sería inagotable y no excluiría a los grafómanos ni a los lateros nacionales e internacionales.

Toda esta gente, que puesta en fila india podría dar, cómodamente, una vuelta al ecuador terráqueo, debió haber realizado ese homenaje, homenaje que para muchas personas no habría sido más que un mea culpa, una confesión pública de que pudieron hacer lo que hicieron sólo gracias a la generosidad y a la paciencia inagotables de la Universidad y de sus autoridades.

Pero, claro está, la gente es ingrata y olvidadiza, aunque la inteligente lo sea menos que la torpe. De todos modos, hay que dejar constancia del hecho, aunque no sea más que para poner de manifiesto aquella generosidad y aquella paciencia, tanto como aquella ingratitud y aquel olvido.

Manuel Rojas